

Ciencias sociales y discurso en crisis

Noé Jitrik

Alrededor de los años treinta del siglo pasado se constituyó cierta mitología del psicoanálisis según la cual “la palabra” lograba el milagro de una curación que chocaba contra creencias positivas de la psiquiatría: no sólo era capaz de reconocer los síntomas, sino también de proveer su resolución. Algo semejante ocurría con la sociología, metodológicamente capaz de describir estados complejos, de prever evoluciones y aconsejar medidas de las que ninguna política sana debía prescindir. En el contexto de esa eficiencia no es extraño que la antropología pegara un gran salto con el estructuralismo ni que se desarrollara la crítica literaria hasta alcanzar cimas que la antigua filología no se había atrevido siquiera a postular; la lingüística, correlativamente, tuvo grandes avances no sólo por la posibilidad de describir lenguas o sus mecanismos, sino por el hallazgo de leyes básicas de su funcionamiento y sentido.

Panorama de auge que da lugar a diversos fenómenos; el primero, de orden epistemológico, tiene que ver con un agrupamiento de disciplinas, de esas disciplinas, bajo el rubro de “ciencias humanas” o “ciencias sociales y humanidades”, cuyo estatuto comienza a ser admitido y aun a imponerse; el segundo, con la fecunda noción de “interdisciplinariedad”, que saca a las disciplinas de su enclaustramiento y hace que lo propio de cada una de ellas actúe en el desarrollo de otras, remodelándolas permanentemente, ya sea en su alcance o en sus operaciones; el tercero, con una impresionante institucionalización: cada una de esas disciplinas, antaño dependientes de la noción general de “filosofía y letras”, se convierte en facultad o algo semejante y el conjunto adquiere identidad frente al homogéneo poder de las ciencias físico-naturales en la distribución de los valores acordados por la sociedad a los valores y productos cognoscitivos.

Todas las disciplinas a las que me estoy refiriendo surgieron y obtuvieron sus logros específicos como resultado de una acumulación, tanto de problemas como de la necesidad social de resolverlos. Así, un desconcertante y angustioso desajuste entre sociedad e individuo favorece la aparición del psicoanálisis, pero, antes, la aparición de vertiginosas situaciones de cambio social favorece la aparición de la sociología; similares análisis podrían explicar el surgimiento y/o desarrollo de las otras disciplinas “humanas”: ¿cómo explicar la casi simultánea reaparición del formalismo ruso y de la lingüística saussuriana sino por razones de una necesidad epistemológica que se centraba en los enigmas de la lengua? Por el mismo mecanismo se podrían explicar los respectivos y también simultáneos auges: entre 1960 y 1980 sin psicoanálisis no se habría podido sobrevivir ni un día y sin sociología no se podría ni siquiera empezar a hablar en política y sin literatura no se podría ni siquiera entender lo que la cultura podía significar para una sociedad que, además, cifraba en esas y otras y correlativas prácticas sus bien fundadas esperanzas de autocomprensión y planificación para futuros mejores.

Esta posición, tan promisoría, ha cambiado ostensiblemente en los tiempos que corren: la sociología teórica está en retirada y la promesa que brinda se reduce a la encuesta, pese a que la institución que la alberga no haya decaído, sólo en apariencia pues quienes se acercan a sus recintos prefieren la comunicación; el psicoanálisis se está haciendo más preguntas que proporcionando respuestas: si en un momento pudo internarse con todo impulso en la psicosis, invadiendo el terreno de la psiquiatría, su mayor oferta actual es el apoyo, su objeto es el malestar, ya ni siquiera muy excluyentemente la neurosis; la crítica literaria se ve obligada a redefinir su función constantemente y dar explicaciones sobre su necesidad: ya sus dictámenes no son orientadores y su capacidad de indagar en el misterio de la textualidad le es disputado con desprecio, pero no por eso con mayor capacidad de iluminación, por el periodismo; la creencia en el derecho es oportunista: la ciencia jurídica no es en los tiempos que corren el orientador de las acciones sociales y sus consecuencias. Así como en lo que concierne a la sociología, las instituciones donde éstas y otras disciplinas humanas y/o sociales perduran, e incluso, al menos en la Argentina, atraen, a pesar de que las amenazas externas sobre su sentido —lo cual compromete igualmente

su expansión— se multiplican y difunden una suerte de tácita pero generalizada opinión acerca de su innecesidad en el peor de los casos y de crisis en el mejor.

No es difícil admitir este aspecto del asunto; tan sólo considerando que las operaciones en cada una de ellas, las invocadas y otras que no lo han sido, conducen, hacia fuera, casi exclusivamente a la descripción de sus respectivos objetos y, hacia adentro, al perfeccionamiento de sus metodologías o la precisión de sus condiciones epistemológicas; con exclusión de sus antiguos poderes de previsión o de curación o de discernimiento o de juicio o de acción, la palabra “crisis” define bastante bien lo que está sucediendo en el campo. Como la sociología, por ejemplo, puede diagnosticar pero no prever, la política, que recurría a ella, la desconsidera y prefiere refugiarse en la economía; algo semejante puede decirse acerca del “tener en cuenta” el aspecto de la subjetividad, que proporcionaba el psicoanálisis, en el campo de las decisiones, sean políticas, sean laborales: quien lo admitía se nutría de una fuerza no tanto interpretativa como de un entendimiento superior que permitía enfrentar procesos conductuales complejos. Esta dimensión ha palidecido; criterios de conveniencia han sustituido, como nuevas ratios, la dimensión analítica; lo mismo ocurre en el terreno de la filosofía en su vertiente ética: pareciera que tomar posición frente a la corrupción, por ejemplo, de presencia tan estridente en las últimas décadas, no exigiera de ninguna iluminación filosófica y que para entenderla y en la mayor parte de los casos absolverla bastara el mero sentido común, siempre peligroso.

Pero si esas disciplinas subsisten como tales y las instituciones en las que se promueven no sólo no han sido eliminadas sino que, al contrario, registran un desarrollo tal que parecen cumplirse viejos sueños iniciales acerca de su posición en la sociedad, quizás la crisis no sea de su función o de su pertinencia sino de otra cosa. Me gustaría postular que la crisis no es de las ciencias sociales sino de su discurso. Con ello pretendo dar un vuelco a un enfoque corriente que resucita el fantasma de una Santa Inquisición disciplinaria a la que le resultaría fácil discernir entre lo que sería esencial, sin duda las ciencias duras, y lo prescindible, las ciencias sociales y humanas.

Por lo tanto, y admitiendo este desplazamiento respecto de la común convicción, lo que corresponde es centrarse en el campo discursivo para tratar de entender su declinación. Me atrevo en consecuencia a postular que el discurso de estas ciencias ha ido perdiendo discursividad, o sea su capacidad performativa propia; diría que tal performatividad se ha ido alejando notoriamente de la que tenía en los respectivos momentos fundantes, lo cual puede constituir una primera explicación acerca de su debilitada posición actual. Ya sea porque se ha ido produciendo, a medida que las disciplinas generaron códigos operatorios que persiguen cada vez más una eficacia, una cada vez mayor particularización en los códigos que esos discursos generaron o porque ha sido irresistible una tendencia pragmatista a resolver cuestiones metodológicas o doctrinarias como si fueran lo central, el hecho es que el elemento filosófico y literario que alimentó el lenguaje que creó esas disciplinas no parece una condición para los discursos actuales que en el a veces mero cumplimiento de los requisitos ideológicos propios del estatuto institucional parecen satisfacerse.

¿Cómo entrar en esta cuestión? Debo decir, ante todo, que este enfoque no es novedoso para mí; ha tomado forma en el campo de mis preocupaciones teóricas desde hace ya varias décadas y ha surgido no de una indagación sistemática sino de una observación o una verificación o, si se quiere, de una comparación que se articula en torno al concepto de *posición*. En efecto, si en un principio fui deslumbrado por la posición que habían ganado los discursos de las ciencias sociales y humanas en la sociedad en relación con otras prácticas, posteriormente no hubo que esforzarse demasiado para verificar que estaban ocupando otra, muy recortada, con notoria disminución de la eficiencia que se les había atribuido y celebrado, entendiendo por tal cosa una adecuación de los discursos a la materia que trataban y al sentido que tenía dicha materia. Seguramente una multiplicidad de fenómenos en principio ajenos a esos discursos, en el orden económico, político y tecnológico, podrían ser invocados para abordar este asunto pero son tan obvios que terminan por no explicar nada. Trataré, por lo tanto, de seguir otro camino.

Para empezar, el argumento de la pérdida de eficiencia tiene una réplica: si los discursos no son adecuados, quizás, sensatamente, sea tan sólo cuestión de corregirlos de modo que vuelvan a ser eficientes por ser

adecuados, o, en otras palabras, para que, si esta conclusión es buena, den cuenta de la materia que tratan. Esta respuesta es correctiva pero elude el fondo de la cuestión.

Este razonamiento tiene una consecuencia: ¿no será que lo que en realidad también está en crisis es la idea misma de una posible eficiencia de los lenguajes? Para las ciencias físico-matemáticas ésta no es una cuestión interesante: bien puede ser que sus practicantes sientan el peso de una crisis y las imposibilidades que entraña pero no la atribuirían a su discurso sino, en todo caso, a sus paradigmas o a sus objetivos o, incluso, a gravámenes éticos que en determinado momento deberían enfrentar: ni el lenguaje ni el discurso presentan problema alguno para ellas, son un puro instrumento que ni siquiera necesita inflexión. Las ciencias sociales y humanas, en cambio, deberían estar impedidas de razonar en nombre de la eficiencia, concepto más que dudoso. El lenguaje, por su índole misma, desdeña tal pretensión puesto que es aproximativo; ya se sabe desde hace tiempo que la relación entre signos y cosas es arbitraria e inmotivada. La palabra, según feliz expresión de Maurice Blanchot, es la muerte de la cosa, razón por la cual la noción de “eficiencia” le es radicalmente extraña.

Las ciencias sociales y humanas, en cambio, se enfrentan con su lenguaje y lo sufren como problema, aunque no lo ligen a su crisis y, diría anticipándome, la generalidad de sus enunciadores lo niegue como origen de su crisis.

En conclusión provisoria, entonces, me atrevo a decir que lo que está en crisis es, por un lado, el modo de entender la crisis y, por el otro, el modo de entender el discurso de las ciencias sociales, modo esencialmente instrumentalista o, en el mejor de los casos, “superacionista”.

Y si esto sucede es porque el *lenguaje*, que es, en principio, una particularización de la lengua general, suele ser entendido como un dispositivo que está a la espera de un empleo, lo cual constituye una instancia primaria que invade la superior del *discurso*, que, así invadido, es caracterizado apresuradamente por lo que expresa; es más, “lo” que expresa da lugar a tipologías (discurso político, científico, publicitario, poético, etc.) que reducen su compleja realidad de discursos. Este modo de ver es corriente, pero ¿no manifiesta también una crisis? Como ya se está viendo, a lo que estoy queriendo llegar es a entender la crisis de

los discursos como una consecuencia de una idea de instrumentalidad que los conduce a la parálisis de su acción.

Trataré, con el objetivo de reforzar esta afirmación mediante un desvío, de partir de lo más elemental, de la teoría del signo. Como se sabe, el signo articula dos órdenes; el primero atañe a su configuración, o sea, a la relación entre significante y significado, lo cual es materia de la lingüística; el segundo a su relación con la cosa, lo que es objeto de la filosofía del lenguaje. A su turno, en el campo de la lingüística, la consideración del significado da lugar a la dimensión denominada “semántica”; la del significante, que Saussure considera la parte material del signo, a la fonética, en el plano descriptivo, y a la fonología que, en un nivel superior, y a partir de una noción de “diferencia”, se acerca al plano de la “significación”, que, a su vez, en virtud de múltiples mediaciones, una de las cuales ha sido proporcionada clásicamente ya por Lacan, exige una teoría que excede la lingüística propiamente dicha. Su requisito inicial sería un continuo entre significante y significado tendiente a constituir una entidad de otro tipo, en otro nivel, al que, más precisamente, llamamos “significación”. La disciplina que la estudia es la semiótica que, además de acotar un campo, instaura o promueve, en la medida que toda significación apela a la “cosa”, una hermenéutica cuyo objeto final sería, justamente, la “cosa”, lo que otros llamarían “lo real” significado.

Pero, como se entiende muy bien, si todo lenguaje es interpretante de aquello que sus signos refieren, todo discurso valida su existencia en la interpretación del objeto o del fenómeno que da a conocer; ésa sería su finalidad, su radical y básica condición hermenéutica, sobre la que crecen y se desarrollan hermenéuticas más formalizadas y reconocibles, a punto tal que en algunos y notorios casos parecen constituirse independientemente de ese fundamento, o sobre otros fundamentos, tal como ocurre con la exegética religiosa, el comentario político, el análisis estilístico y aun el psicoanálisis. No cuesta mucho reconocer que esa ignorancia del fundamento constituye una desviación de los alcances de los discursos y una causa probable del desgaste a cuya mecánica estoy tratando de acercarme.

Es sobre estos elementos que habría que ir desarrollando los términos de una “teoría de la significación”, empezando, desde luego, por

el núcleo principal, el signo, cuya centralidad no ha merecido grandes reparos a lo largo de la centuria desde la perspectiva lingüística, lo cual no impide observar que su posición en la teoría saussuriana tiene algo de estático, como si no hubiera habido un proceso de configuración del signo, como si la reunión de significante y significado se hubiera dado desde siempre y para siempre. Por el contrario, aunque el signo sea en este sistema un constructo, bien puede pensarse que los dos términos que lo integran pueden haberse reunido alguna vez y, por lo tanto, darse nuevas reuniones de significantes y significados, o sea nuevos signos. Esta variante historicista tiene consecuencias: si efectivamente existió un proceso de constitución de un signo, el significado que se reunió con el significante es otro en el signo constituido; lo mismo podría decirse del significante. Hay entonces una alteración, un cambio, algo nuevo y diferente que es, para nosotros, el espacio de la “significación”.

Pero si esto puede pensarse es en virtud de otra autorización saussuriana, esa suerte de ley según la cual la relación existente entre significante y significado es arbitraria e inmotivada, lo cual da lugar a ciertas operaciones de acercamiento o de ajuste, que podemos imaginar constante, en el espacio tendido entre ambos componentes, el mismo que Lacan situaba en la barra separadora. Ese espacio, si se admite que la figura define la relación, sería el “deseo”, o estaría ocupado por el “deseo”.

Por otro lado, y considerando ahora la relación “signo/cosa”, la misma convencionalidad que se le atribuye insta una de manera similar un espacio de “insatisfacción”, de imperfección o de vacío entre ambos términos. Dicho de otro modo, si el signo es tal porque designa a la cosa, no siendo la cosa, y si la cosa es siempre otra respecto del signo que la designa, la cosa y el signo están en una relación que metafóricamente es de persecución: entre signo y cosa hay un hueco, un faltante eterno.

La persecución es incesante. El signo quiere algo con la cosa, tomarla, conocerla, no sólo en el sentido elemental de lo que es designar, sino también, y con más razón, en las construcciones que amplían el concepto de cosa, los discursos, y exigen la intervención de varios signos o diversos tipos de signos.

Pero también hay que admitir el movimiento inverso: la cosa persigue al signo, lo que quiere decir que habría persecuciones recíprocas en las que, al no alcanzar el objetivo, siempre faltaría algo, eso es lo que llamo el “hueco del deseo” en el que se aloja la condición de posibilidad de toda literatura como actividad a pesar o en contra de la figuración corriente según la cual se trata de capturar o transmitir la realidad.

El discurso, entonces, no sería más que una articulación de ausencias, aunque la cosa, o el referente del discurso, esté siempre presente como cosa: es lo que lleva a significar. Y si, por otra parte, el hueco, el faltante, genera lo que llamaría un *efecto de significación*, la significación sería incesante e inagotable y, por eso, objeto de la lectura que la persigue también incesantemente y la encuentra en formas que previamente no se creía que estaban.

El otro aspecto del problema se dirigía a la filosofía del lenguaje en el sentido de que el par signo/cosa instaura una problemática de la verdad cuya condición es que la palabra tenga un referente verificable. Gottlob Frege llama “significado” a la relación entre palabra y referente, excepción hecha de los nombres propios, que son verdaderos pero carecen de significado. No obstante, como un nombre propio nombra, otorga, por lo tanto, sentido, o sea que las palabras pueden tener significado y sentido y tener sentido sin tener significado, como sería el caso de los nombres propios.

Correlativamente, puede haber tres tipos de frases —verdaderas, falsas y ni verdaderas ni falsas pero con sentido— que determinan tipos de discursos. Así, por ejemplo, si la palabra *París* por sí sola no tiene significado, en una oración (“París es la capital de un país”) puede tenerlo a partir de la interacción de sus elementos, o sea de su dimensión discursiva. En otra, por ejemplo, “París era una fiesta”, que no devolvería significado a la anterior, tendría, también discursivamente, relación con un orden de saber, en este caso literario. Esto quiere decir que el discurso dirige hacia una zona que puede no ser la del significado de la oración ni la zona del significado de la palabra ni la de un referente.

En suma, hay varios niveles a tomar en cuenta, en ésta y en toda frase. Y si la finalidad es devolver significado a las palabras que la componen, esta frase se dirige también hacia un lugar de saber diferente.

Por ejemplo, un discurso administrativo o un discurso geográfico o un discurso político o lo que sea se dirige hacia “un lugar marcado” en general, pero, de acuerdo con lo dicho, pueden desviarse.

De modo que, de acuerdo con este ejemplo, se genera otro movimiento, que es dirigir las frases hacia alguna parte, entendiéndola como un lugar de sentido. Yo diría, más bien, que dirigir la frase a un lugar es ya producir significación, independientemente de que sea verdadera o falsa: es su estructura misma de frase lo que la lleva hacia una zona discursiva, sin que pueda ser de otra manera, no aquello que se enuncia. Si, por ejemplo, decimos “París es la capital de una región”, tal vez sea falso, tal vez sea parcialmente verdadero pero, en todo caso, la frase se dirige hacia una zona discursiva determinada, que es el discurso administrativo, geográfico o lo que sea.

Reemplacemos el ejemplo: “Dumbo es un elefante” afirmamos y la oración significa, aunque el nombre permanezca irreductible; pero si decimos “Dumbo es un personaje complejo” tenemos que comparar: la frase más verdadera, ateniéndonos a Frege, es la primera, y la segunda tiene que ver con otra clase de saber o de referencialidad. Con independencia de lo que afirman, en cuanto a la verdad o falsedad que promueven, esas frases se dirigen respectivamente a zonas de saber diversas a las que llamamos “zonas discursivas”.

Pero hay más. En esta frase habría tres términos a considerar. El primero es, evidentemente, que cuando se dice “París es la capital de una región” o “Dumbo es un elefante” se está haciendo un enunciado vinculado a una referencia; el segundo es la zona a la que se dirige la frase enunciada, o sea la zona del discurso; el tercero tiene que ver con la forma de la frase, en este caso es la afirmación, reconocible porque un sujeto de la enunciación emplea el verbo *ser*. Pero si, en cambio, digo: “¿Es París capital de un país?”, la forma es otra, es interrogativa, lo cual resulta de un juego entre un modo verbal y un sistema direccional que aquí depende de una entonación pero que en otros casos está vehiculizado por preposiciones. Lo mismo ocurre con otras formas: imperativas, condicionales, irreales, etcétera.

Estos tres términos se relacionan entre ellos. Entre el primero (lo que se enuncia y tiene referencia) y el tercero (la forma) puede o debe haber coherencia; desde una perspectiva filosófica, lo que se enuncia

tiene que pasar por la garantía de la forma, entendida como el adecuado vehículo para que el enunciado circule. Por esta razón, las frases de tipo afirmativo parecen, sólo parecen, estar más cerca de la verdad o de la evidencia de la falsedad o del enunciado que no es ni una ni otra cosa. El segundo término, la zona discursiva, o sea el lugar al que se dirige la frase como un lugar de saber, queda aislado en la consideración filosófica pero, en cambio, ordena el trabajo del lenguaje y lo relaciona con el orden o la experiencia de lo real.

Y si hablamos de zona discursiva como lugar de saber, en la medida que se trata de determinación de lo incesante de la significación, o sea de hermenéutica y de lectura, la noción de discurso de las ciencias sociales, como lo que de una manera u otra debe determinarla, encuentra su respaldo.

El lugar en el que se cruzan todos estos requerimientos es lo que llamamos “semiótica”, que no sería un discurso social más que en el sentido de que se ocupa de la significación, que es lo que todos los discursos de las ciencias sociales persiguen. Y se validaría porque se sitúa en ese hueco que fundan no sólo el signo sino también el discurso y que halla en lo que llamamos literatura un sitio de concentración.

Es por ahí que podría haber un camino para entender la crisis de los discursos sociales, concepto que podría traducirse por una doble falta, la originaria del hueco, que pesa sobre todo discurso, y la suplementaria de la ignorancia del hueco del deseo. Dicho de otro modo, en la medida que los discursos de las ciencias sociales ignoran lo que se concentra en el llamado discurso literario se empobrecen, entran en crisis y chapotean en el superávit del significado, en una situación homóloga a la crisis del lenguaje social, dominado por el pragmatismo del significado y la ideología de la razón comunicativa, que dominan y sofocan el erotismo de la enunciación.

Se hace necesario, así, un reordenamiento conceptual y una recuperación de las antiguas virtualidades del discurso que residen, se diría que intactas, preservadas por una fuerza semiótica que, cuando no es abandonada, las ilumina, en el discurso literario. Pero no para introducir la literatura en los discursos de las ciencias sociales como cita o ilustración, o el mejor ejemplo de lo que el objeto real no logra proporcionar, con el utópico fin de revitalizarlos o hacerlos más amenos, sino como dimensión

aceptada. Pero si tal crisis sigue los pasos de la crisis del lenguaje social por entero, habría que pensar en las condiciones necesarias para superarla; en todo caso, si se lograra, los discursos de las ciencias sociales podrían hacer emerger con mayor plenitud aquello que las ciencias mismas buscan, aquello que les da sentido.